

siense, allá en el fondo, hay bondad, como debajo de una hermosa espuma hay un buen vino.

Es naturalmente franco, aunque no lo parezca; no es desconfiado; es más propio para dejarse engañar que para hacerlo; inclinado á perdonar las ofensas; conciliador, desdeña los mezquinos rencores y todas las pequeñeces de la vida.

Se encuentra constantemente, por su naturaleza, en la situación de ánimo en que todo el mundo se halla después de un banquete de fiesta en que ha corrido el vino con profusión, dispuesto y preparado, lo mismo á cometer un gran desatino, que á llevar á cabo una acción grande; á abrazar al más rabioso enemigo y á provocar á su vecino por una sola palabra; á hacer una bufonada de pie sobre la mesa y á apiadarse del pobre mendigo que pide un pedazo de pan á la puerta.

Cuando se sale fuera del círculo de su vida ordenada, el espectáculo inmenso de la vida de París exalta todos sus sentimientos buenos y malos. Nosotros mismos experimentamos algo parecido. El aumento de proporciones de todas las cosas, nos da poco á poco un alto concepto de las co-

sas mismas. La misma corrupción, grande y esplendorosa, concluye por seducirnos como vasto y variado campo de estudio, en lugar de repugnarnos por su fealdad, habituándonos á considerarla casi como una forma útil de la vida, como una grande y terrible escuela, que encierra infinito tesoro de experiencia y de ideas.

En las salas de Bullier, en medio del torbellino de trescientas jóvenes que bailan á la vez cantando á una voz *peluca rubia...* en lugar de un grito contra la corrupción, nos sale del alma un himno ardiente á la juventud y á la vida. Disgustado de los países donde no hay nada original, ni siquiera el vicio y su lenguaje, allí encontramos, á lo menos, la ausencia de la forma más asquerosa y más vil de la corrupción, que es la manía de fingirla por vanagloria, cuando no se tienen ni fuerza ni medios para gozar de ella en toda su tremenda plenitud.

Y poco á poco nos persuadimos de que muchas cosas que creíamos malas enfermedades, no son allí sino eflorescencias de una sangre demasiado rica; al paso que no son más que falta de vitalidad ciertas virtudes negativas de que tanto se envanecen otros pueblos frente á París, á cuyos pue-

blos se les podría decir como la Mesalina, de Cossa, á Silio:— «Sois tan corrompidos, que ni aun sois capaces de soportar la grandeza del vicio.»

Así, en todas las fases de la vida encontráis allí, con amargura vuestra y admiración por París, el original de mil cosas de las cuales en vuestra casa sólo habíais visto el facsímile, puesto al alcance de la gente menuda. Os inclináis á perdonar mucho el orgullo, al observar de cerca las cosas, y os halláis dentro de un pueblo que está señalado por todo el universo: que ve que recogen y llevan en triunfo las migajas de su mesa, que glorifican obras hechas con trozos de las suyas, que se erigen bustos en ciertos tiempos y lugares á personas que no tienen otro mérito que el de ser suscriptores á la *Revue de Deux Mondes*; robada su lengua y vaciada en muchas lenguas, extranjeras; entregados al saqueo sus novelas y su teatro; atesoradas todas las extravagancias de su historia y de su crónica; su ciudad tan conocida como la palma de la mano; que *Tortoni* es más famoso que muchos monumentos inmortales; la *Maison Dorée* por encima de todos los sueños de todos los disipadores de la tierra;

sus modas falsificadas, sus carcajadas repetidas, copiadas sus diversiones, adorados sus caprichos... y cuando todo esto se piensa, se comprende entonces cómo se revuelve airada cuando algún pedante estudiantillo le suelta la coza del asno.

¿Cómo admirarse de que no se ocupe más que de sí mismo un pueblo tan locamente adulado con hechos y con palabras? Este defecto no es en perjuicio suyo, porque proviene de que conoce á fondo lo que es suyo, de que lo ama con exceso y de que cree que el mundo entero lo aprecia en la misma estimación, y que tiene algo caliente, original, con colorido y con vida, que llevan todas sus manifestaciones. Hay menos espacio que recorrer, como decía de sí mismo Schiller á Goethe; y por eso lo recorre más pronto y en menos tiempo.

De ahí una teoría y una reunión de ideas y de esfuerzos continuamente dirigidos al mismo fin, y grandes y frecuentes choques, de donde nace la luz y el calor; cada palmo de tierra, disputado por mil contendientes; en vez de la marcha, la carrera; en lugar de la controversia, la lucha; y en esta pelea perpetua se arroja todo el bagaje que sobra, todo sirve de arma ofensi-

va y defensiva, veloz el pensamiento, conciso el lenguaje, precipitada la acción, el arte y la vida atrevidos y rápidos, y todo animado por la alegre voz de la gran ciudad que habla en notas agudísimas y cristalinas que se oyen en toda la tierra.

Cuanto más se penetra en el estudio de esta vida, más admiración se siente al ver el inmenso trabajo que se verifica bajo aquella apariencia de disipación; cuántos sudan en la soledad, cuántos se prepararán en la obscuridad para la lucha pública, con increíbles fatigas; cómo cualquiera clase de talento y aun cualquiera especie de facultad particular, por mediana que sea, encuentra modo de ejercitarse en provecho propio y de los demás; cómo en torno de un ingenio se forma súbita y espontáneamente un círculo de cultas inteligencias amigas que le ayudan á extenderse y á subir; cómo la más pequeña probabilidad de éxito en el campo de la inteligencia, despierta á su alrededor, en todas las clases de la población, un galante sentimiento de curiosidad y de respeto y arranca á todos un tributo anticipado de gloria, que contribuye maravillosamente á convertirla en realidad; qué extraordinario impulso da á las

fuerzas humanas el imprevisto cambio de fortuna que produce allí el verdadero éxito; cuán grande y embriagador es el triunfo del talento en aquella ciudad, que apenas lo saluda, recibe homenajes de admiradores desconocidos y ofrecimientos y consejos de todas partes del mundo; cómo al hombre que cae en un camino, le quedan abiertos otros ciento, tan sólo con que se resigne á rebajar en corto grado sus aspiraciones á la gloria; cómo la naturaleza olvidadiza de la gran ciudad, que no dejando dormir á nadie sobre un solo triunfo, obliga á todos á presentarse continuamente en la lucha, produce aquellas vidas maravillosamente trabajadoras, aquellos ancianos batalladores obstinados, cuyo ejemplo inspira el furor del trabajo á las generaciones sucesivas; y, en fin, qué enorme cantidad se encuentra allí de trabajo sin concluir, de ensayos, de bocetos, de material agotado por algunos, pero no inútil para el que venga después, y de apreciables creaciones en todos los sentidos, pero condenadas á morir donde han nacido, ahogadas por la exuberancia de otras mejores.

Cuando se ha visto todo esto, la residencia en París parece agradable y útil tan

sólo para ver trabajar aquella inmensa máquina, para ver cómo tritura, perfecciona, transforma, esprime y muele el inagotable material de ingenio, de riqueza, de juventud, de ambición y de valor que Francia y el mundo arrojan continuamente entre sus formidables ruedas, y cómo echa por la parte opuesta grandes nombres, celebridades destruidas, obras maestras, palabras inmortales, huesos rotos, armas, joyas y juguetes que también Francia y el mundo se afanan en recoger y comentar.

¡Echáosla de censores al lado de este coloso!

¡Chillad contra sus obreros porque beben ajeno, cantan en voz de falsete y tienen una mujer que les espera á la puerta!

¡Qué pedantería!

*
* +

Sin embargo, no es esta la última impresión que se recibe en París.

Residiendo largo tiempo, se pasa todavía por otros entusiasmos y otros desencantos.

Muchas noches volvéis á vuestra casa entre interminables filas de luces, melan-

cólicos, mortalmente aburridos de todo y con un rabioso amor á la patria en el corazón.

Después os reconciliaréis con París en un hermoso día de otoño, asistiendo á una de sus ruidosas expansiones de alegría que serenán el ánimo más perturbado.

Otra vez, una pequeña humillación, un estúpido juego de palabras repetido por un millón de bocas, el espectáculo de una asquerosa obscenidad, un cielo cubierto y plomizo que hace cambiar á todo de aspecto, resucitan dentro de vosotros todas las antipatías y todos los disgustos con tal violencia, que quisiérais ver desaparecer la ciudad como un campamento arrebatado por el huracán.

Otro día os avergonzaréis de aquel odio, pensando en la enormidad del vacío que se haría en vuestro espíritu si saliese repentinamente de él todo lo que había llevado allí París desde vuestra infancia hasta aquel mismo día.

Hasta el último momento, París os hará mil desprecios y mil caricias, como una hermosa mujer nerviosa, y sufriréis todas las alzas y bajas de una pasión; hoy humillados á sus pies; mañana furiosos por mor-

derla é insultarla, y en seguida pidiéndole perdón, fascinados; pero cada día sentiréis estrecharse más los lazos que os unen á ella.

Y se siente con más fuerza al partir, la noche que se pasa por última vez, rápidamente, en medio de aquel inmenso esplendor de los *bulevares*, al que sigue inmediatamente la semiobscuridad lúgubre de una estación enorme y desnuda.

Entonces, por grande que sea el deseo de volver á ver la patria, se cae en una gran tristeza, á la idea de volver á aquella pequeña alcoba de la población de donde se ha salido... y se aplica el oído por última vez al tumulto lejano de París con una opresión inexplicable de deseo y de envidia.

Desde el fondo del vagón, en la obscuridad, volvéis á ver la ciudad como la habéis visto una hermosa mañana de Julio desde una torre de *Nuestra Señora*, atravesada por la enorme curva azul del Sena con sus lejanos horizontes violáceos, inmensa y humeante, en el momento en que, desde la plaza de más abajo, los tambores de un regimiento os envían un eco de la batalla de Magenta.

«¡Oh, hermosa y terrible pecadora—exclamáis entonces,—yo te absuelvo; y á riesgo de la condenación de mi alma, te amo!»

FIN